



## CAPÍTULO X.

De lo que hicieron al llegar á Madrid; á quién encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.



UEGO que llegamos á Madrid fuimos á apear nos á una pequeña posada, en la cual se habia alojado Escipion en sus viages. Lo primero que hicimos fué ir á casa de Salero á recoger nuestros doblones. Recibiéronos muy bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad. —Aseguro á vd., añadió, que he sentido mucho su desgracia, la cual me ha disgustado de la amistad de las gentes de la corte, cuyas fortunas están muy en el aire. He casado á mi hija Gabriela con un rico mercader. —Vd. ha obrado con juicio, le respondí: además de que este partido es mas sólido, un plebeyo que llega á ser suegro de un noble no está siempre gustoso con su señor yerno.

Después, mudando de conversacion, y volviendo á nuestro asunto, proseguí:—Señor Gabriel, háganos vd. el favor, si gusta, de entregarnos los dos mil doblones que....—Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero, el cual habiéndonos hecho pasar á su gabinete, nos mostró dos talegos en los cuales habia unos rótulos que decian: *Estos talegos de doblones son del Señor Gil Blas de Santillana*. Ved aquí, me dijo, el depósito tal como se me confió.

Dí gracias á Salero del favor que me habia hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los talegos á la posada, en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, rebajados los cincuenta doblones que se habian gastado en conseguir mi libertad. Ya no pensamos mas que en disponernos para ir á Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas.

Yo por mi parte cuidé de la compra de ropa blanca y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abajo á estas compras, encontré al baron de Steinbach, aquel oficial de la guardia alemana en cuya casa se habia criado Don Alfonso.

Saludé á este caballero aleman, quien, habiéndome tambien conocido, se vino á mí y me abrazó:—Me alegre en extremo, le dije, de ver á su señoría en tan buena salud, y al mismo tiempo de tener ocasion de saber de mis amados señores Don César y Don Alfonso de Leiva.—Puedo dar á vd. noticias suyas muy ciertas, me respondió, pues ambos están actualmente en Madrid y en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la corte á dar gracias al rey de un empleo que S. M. ha conferido á Don Alfonso, en premio de los servicios que sus abuelos hicieron al estado; le ha nombrado gobernador de la ciudad de Valencia, sin que le haya pedido este cargo, ni solicitádolo por otra persona. No se ha hecho una gracia mas espontánea; lo cual prueba que nuestro monarca gusta de recompensar el valor.

Aunque yo sabia mejor que Steinbach el origen de esto, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba; y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me condujo inmediatamente á su casa. Yo queria probar á Don Alfonso; y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Le encontré en una sala jugando al ajedrez con la baronesa de Steinbach. Luego que me conoció, dejó el juego, y se vino á mí arrebatado de gozo, y estrechándome entre sus brazos, me dijo en un tono que manifestaba una ingenua alegría:—Santillana, ¡con que al fin vuelvo á vértel! estoy loco de contento. No ha estado en mi mano el que no háyamos permanecido siempre juntos; yo te rogué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mis ruegos. No obstante, no te lo imputo á delito, ántes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero desde entonces debieras haberme escrito, y ahorrarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado Don Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta ligera reconvenccion, continuó; dime qué haces en Madrid. Regularmente tendrás aquí algun empleo. Ten por cierto que me intereso ahora mas que nunca en tu bien.—Señor, le respondí, no hace todavía cuatro meses que ocupaba en la corte un puesto de bastante consideracion. Tenia la honra de ser secretario y confidente del duque de Lerma.—¡Es posible! exclamó Don Alfonso con grande asombro. ¿Qué! ¡has merecido tú la confianza de este primer ministro?—Logré su favor, respondí, y lo perdí del modo que voy á decir. Entónces le conté toda esta historia, y concluí mi narrativa esponiéndole la determinacion que ha-

bia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi prosperidad pasada, una pobre choza para pasar en ella una vida retirada.

El hijo de Don César, despues de haberme oido con mucha atencion, me dijo:—Mi amado Gil Blas, ya sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca; y pues el cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero que no seas mas tiempo juguete de la fortuna. Para libertarte de su poder, te quiero dar una hacienda que no podrá quitarte; y pues estás determinado á vivir en el campo, te doy una pequeña quinta que tenemos cerca de Liria, distante cuatro leguas de Valencia, que ya has visto tú. Este regalo podemos hacerlo sin incomodarnos, y me atrevo á asegurar que mi padre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina recibirá en ello gran contento.

Me arrojé á los piés de Don Alfonso, quien al momento me hizo levantar: le besé la mano; y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio, le dije:—Señor, vuestras finezas me cautivan: el don que me haceis me es tanto mas agradable, cuanto que precede al agradecimiento de un favor que yo he hecho á vd.; y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi gobernador se quedó algo suspenso de lo que oía, y no pudo menos de preguntarme de qué favor le hablabá. Dijeselo con todas sus circunstancias, lo cual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar, como el baron de Steinbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mediacion mia. No obstante, no teniendo ya duda de ello, me dijo:—Gil Blas, pues que te debo mi empleo, no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria, quiero agregar á ella dos mil ducados de renta al año.

—Alto ahí, Señor Don Alfonso, interrumpí, no despierte vd. mi codicia. Los bienes no sirven mas que para corromper mis costumbres, como harto lo tengo experimentado. Acepto gustoso vuestra quinta de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que tengo por otra parte, esto me es suficiente; y lejos de desear mas, primero consentiré en perder todo lo que hay de supérfluo en lo que poseo. Las riquezas son una carga en un retiro, en donde solo se busca la tranquilidad.

Don César llegó cuando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegría que su hijo; y cuando supo el motivo del agradecimiento á que me estaba obligada su familia, se empeñó en que habia de aceptar yo la renta, lo cual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me condujeron á casa de un escribano, en donde otorgaron la escritura de donacion, que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un instrumento á favor suyo. Finalizado el contrato, me lo entregaron, diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, y que fuese cuando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volvieron á casa del ba-

ron de Steinbach, y yo fuí volando á la posada, en donde dejé pasmado á mi secretario cuando le dije que teníamos una hacienda en el reino de Valencia, y le conté el modo como acababa de adquirirla.—¿Cuánto puede producir esta pequeña heredad? me dijo.—Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una casa pequeña, situada á la orilla del Guadalquivir en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un pais hermosísimo.

—Lo que me gusta mucho, exclamó Escipion, es que tendríamos allí caza, vino de Benicarló y excelente moscatel. Vamos, amo mio, démonos prisa á dejar el mundo, y llegar á nuestra ermita.—No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso hacer un viage á Asturias, porque mis padres no deben hallarse en buen estado. Quiero ir á verlos, y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo así, me castigaria. Escipion apoyó mucho mi determinacion, y aun me escitó á ejecutarla: no perdamos tiempo, me dijo, ya tengo carruage. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo.—Sí, amigo mio, le respondí, marchemos cuanto antes. Me es indispensable partir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el ser. Presto estaremos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando, quiero escribir en letras de oro sobre la puerta de mi casa estos dos versos latinos.

*Inveni portum: Spes et Fortuna, valet.  
Sat me lusistis; lucite nunc alios<sup>1</sup>*

<sup>1</sup> Hallé ya el puerto: á Dios, esperanza y fortuna:  
Bastante me burlasteis, burlaos ya de otros.



## LIBRO DECIMO.

### CAPÍTULO I.

Sale Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita á su amo antiguo el doctor Sangredo; y se encuentra casualmente con el Señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital.



UANDO me estaba disponiendo á salir de Madrid con Escipion para ir á Asturias, el duque de Lerma fué creado cardenal por la Santidad de Paulo V. Queriendo este papa establecer la Inquisicion en el reino de Nápoles, honró con el capelo á este ministro para empeñarle á hacer que el rey Felipe aprobase tan laudable designio. A todos los que conocian perfectamente á este nuevo miembro del sacro colegio, les pareció como á mí, que la iglesia acababa de hacer una excelente adquisicion.

Escipion que hubiera querido mas volver á verme en un puesto brillante de la corte que sepultado en un retiro, me aconsejó que me presentase al nuevo cardenal.—Puede ser, me dijo, que su eminencia, viéndole á vd. fuera de la prision por orden del rey, no crea ya deber fingirse irritado contra vd., y podrá admitirle de nuevo á su servicio.—Señor Escipion, le respondí, vd. ha olvidado sin duda que solo conseguí la libertad bajo condicion de salir inmediatamente de las dos Castillas. Fuera de eso, ¿me crees ya disgustado de mi quinta de Liria? Ya te lo he dicho, y lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Lerma me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa Don Rodrigo Calderon, le renunciaria. Mi determinacion está tomada; quiero ir á Oviedo á buscar á mis padres, y retirarme con ellos á las cercanías de